

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

CIV ASAMBLEA PLENARIA - EXTRAORDINARIA

Bogotá, D.C., 1° al 3 de noviembre de 2017

ALOCUCIÓN INAUGURAL DEL EXCELENTÍSIMO MONSEÑOR OSCAR URBINA ORTEGA ARZOBISPO DE VILLAVICENCIO PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

Saludo a todos de manera cordial y fraterna. Me hago portador del saludo, la cercanía, la fraternidad y la alegría con las que el Papa Francisco nos acogió el 23 de octubre, al señor Cardenal Rubén Salazar Gómez, a Monseñor Fabio Suescún Mutis y a este servidor. Nos agradeció de manera especial el haber convocado esta Asamblea extraordinaria.

Agradezco la respuesta que cada uno de ustedes ha dado para estar aquí, y con nuestra presencia y trabajo disponernos a **cuidar** la siembra que cayó en el corazón de la inmensa mayoría de los colombianos, siembra que nos corresponde regar y que Dios hará crecer y producir fruto. Estamos aquí para **discernir** lo que Dios nos habló por medio del “*peregrino de esperanza y de paz*” que el Señor nos envió. Nos encontramos para proponer a largo, mediano y corto plazo, el llamamiento que el Papa nos hizo

en siete momentos claves: “**crear una cultura del encuentro**” y emprenderla sin miedo y con profunda esperanza, enriqueciendo nuestros procesos evangelizadores e involucrando a todos los que la acepten en una nueva etapa de nuestra historia.

1. CUIDAR LA SIEMBRA/

El Papa describe el terreno donde quiso sembrar la semilla del Evangelio como una nación bendecida por su biodiversidad, por la calidad humana de sus gentes, por el espíritu acogedor y bondadoso, y el tesón y valentía para sobrepasar los obstáculos (Cfr. Plaza de Nariño). El Papa se detuvo a calificar lo original que tiene Colombia: Colombia no ha sido una meta completamente realizada, ni un destino totalmente acabado, ni un tesoro totalmente poseído. Su riqueza humana, sus vigorosos recursos naturales, su cultura, su luminosa síntesis cristiana, el patrimonio de su fe, y la memoria de sus evangelizadores, la alegría gratuita e incondicional de su gente, la inapagable sonrisa de su juventud, su original fidelidad al Evangelio de Cristo y a su Iglesia, y sobre todo, su indomable coraje de resistir a la muerte, no solo anunciada sino muchas veces sembrada...todo esto se sustrae, a aquellos que se presentan como forasteros hambrientos de adueñársela y se brinda generosamente a quien toca su corazón con la mansedumbre del peregrino. ¡Así es Colombia! (Cfr. Discurso a los Obispos).

Pero, esta bella nación necesita mantener la valentía del primer paso hacia la reconciliación, a la superación de la violencia como

método y a las desigualdades que son la raíz de tantos sufrimientos, la renuncia al camino fácil, pero sin salida, de la corrupción y a la superación de la miseria y la desigualdad (Cfr. Discurso a los Obispos).

A nosotros, sus hermanos, el Papa nos pide: **Cuiden** con santo temor y conmoción el primer paso de Dios hacia ustedes y, con su ministerio, hacia la gente que le ha sido confiada, en la conciencia de ser ustedes sacramento viviente de esa libertad divina que no tiene miedo de salir de sí misma por amor, que no teme empobrecerse mientras se entrega, que no tiene necesidad de otra fuerza que el amor. Sobre todo, **nos anima a no tener miedo** de migrar de las aparentes certezas en busca de la verdadera gloria de Dios, que es el hombre colombiano, nos anima a ser un vientre de luz capaz de generar, aún sufriendo pobreza, las nuevas creaturas que esta tierra necesita. Nos hace **tomar conciencia** de nuestra misión de pastores que vemos con nuestros propios ojos y conocemos como pocos la deformación del rostro del país, que somos custodios de las piezas fundamentales que hacen una a la nación, a pesar de sus laceraciones (Cfr. Discurso a los Obispos).

2. DISCERNIR/

Una primera realidad que quisiera destacar en el volcarse de nuestro pueblo, durante cuatro días a las calles, a las celebraciones, a las pantallas de la televisión y a las redes sociales es la revelación sencilla y maravillosa que la vida de Dios

está escondida en nosotros ¡**Dios está escondido, no ausente!**, a pesar de las avalanchas del retiro de lo religioso de la esfera pública, la disminución de la creencia la práctica religiosa y la creciente alternativa humanista encerrada en la inmanencia del presente. Dios está escondido de manera especial en tantas personas destruidas por la guerra, en situaciones de vida sin salida, en los crucificados de hoy, en los holocaustos silenciosos y amordazados de las injusticias estructurales, en los marginados por la inequidad, en los sometidos a la trata de personas, en los que les han arrebatado su voz. Sin duda que nuestro pueblo mostró una nueva sensibilidad del corazón para percibir al Dios escondido: **“miren que realizó algo nuevo ya está brotando ¿no lo notan?”** (Is 43,19).

Los tiempos de incertidumbre, de cansancio, de tristeza, de dolor, no fueron tiempos de ausencia de Dios, y menos de inoperancia del Señor, sino una gestación silenciosa, que en este acontecimiento de gracia hizo su aparición. Sabemos que Dios no actúa por impulsos repentinos, sino que ha empezado a elaborar algo nuevo, respetando nuestra libertad y el ritmo de nuestros procesos humanos e históricos. Esto es lo que ha hecho brotar el testimonio sencillo, la palabra comprensible y cercana del Evangelio, y sobre todo el Evangelio de los gestos sencillos del Papa Francisco.

De Cristo en la cruz y resucitado recibimos los criterios para recibir de nuevo en cada incertidumbre la justa dirección. Pues, los signos de los tiempos no son los de la crónica noticiosa, sino

los del designio de Dios en nuestra historia. Son los mensajes que Dios escribe derecho en nuestras líneas torcidas. Y el sujeto de interpretación de los signos de Dios en la historia es el “santo pueblo fiel de Dios”. Los signos de los tiempos son las “*cosas del Espíritu de Dios*” (1 Cor 2, 14) y abrimos el corazón a la luz del Espíritu Santo para no auto-condenarnos a la ceguera.

No podemos ocultar, menos negar, o, peor, esconder la situación dramática y preocupante de la nación, es necesario enfrentarla en su gravedad, sin huir de ella con hipotéticas consideraciones. El Pueblo de Dios ha de saber interpretar los acontecimientos a la luz del misterio del mal, y también a la luz del misterio salvador de Dios. Es saludable que haya rechazo, y repugnancia ante la corrupción que ha permeado las estructuras fundamentales de la sociedad y ha contaminado las ideas, los principios y los valores. Esto nos permite mirar cara a cara el problema, comprender su extensión y gravedad, y que aparezcan las fuerzas sanas que han estado gimiendo en una resignada impotencia. **“Basta una persona buena para que haya esperanza”**, nos decía el Papa en Villavicencio. Todo el Pueblo de Dios debe interpretar el momento presente como tiempo de purificación, como manifestación de un profundo síntoma que no excluye ni la lucha, ni la sanación, ese es el sentido positivo con el que invito a discernir nuestra realidad para saber distinguir, hacernos responsables e involucrarnos todos en un rescate moral, en la renovación interior a la que nos llamó el Papa en los cuatro escenarios en los que se encontró con el País. **“Colombia necesita la participación de todos para abrirse al futuro con esperanza”** (Cfr. Plaza de Nariño).

3. PROPONER/

El Papa en siete momentos claves hizo un llamamiento explícito a generar en nuestro país una “**cultura del encuentro**”.

El complejo camino de construir la unidad de la nación implica reconocer al otro, sanar las heridas, construir puentes, estrechar lazos, y colocar en el centro de toda la acción política, social y económica a la persona humana, su altísima dignidad y el respeto por el bien común, **favoreciendo la cultura del encuentro** (Cfr. Plaza de Nariño).

Luego desafió a los jóvenes a ser pedagogos para nosotros los adultos, por su facilidad para encontrarse y **generar así la cultura del encuentro** que nos hace ir más allá de las diferencias, sentir que somos parte de algo más grande que nos une y trasciende, nuestro país (Cfr. Plaza de Bolívar).

A los obispos de todo el continente nos pidió trabajar sin cansarnos para construir puentes, abatir muros, integrar la diversidad y **promover la cultura del encuentro** y del diálogo, educar al perdón y la reconciliación, al sentido de justicia, al rechazo de la violencia, y el coraje de la paz (Cfr. Discurso Celam).

El momento culmen, cargado de simbolismos y testigo de procesos vividos por las víctimas, que gracias al perdón y a la reconciliación, son sobrevivientes, proclaman “*la hora para*

*desactivar los odios, y renunciar a las venganzas, y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la **creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno***” (Cfr. Encuentro de oración por la Reconciliación Nacional).

El aporte de los cristianos en una nación con tantas heridas que reclaman sanación en la justicia, la verdad, la reparación, y la no repetición, *“exige generar desde abajo, un cambio cultural: a la cultura de la muerte, de la violencia, **responder con la cultura de la vida y del encuentro**”* (Cfr. Homilía Cartagena).

Y al concluir en Cartagena nos dice: *“No nos quedemos en dar el primer paso, sino, **sigamos caminando juntos cada día para ir al encuentro del otro** en busca de la armonía y de la fraternidad”* (Cfr. Discurso de Despedida, Cartagena).

El Papa añade a estos siete llamamientos **la espiritualidad de la cultura del encuentro**: *“Jesús mientras camina, encuentra; cuando encuentra se acerca; cuando se acerca habla; cuando habla toca con su poder; cuando toca, cura y salva... La Iglesia debe reapropiarse de los verbos que el Verbo de Dios conjuga en su divina misión...se trata que se metan día a día en el trabajo de campo, allí donde vive el Pueblo de Dios que les ha sido confiado”* (Cfr. Encuentro Celam).

Si nuestro pastoreo asume la cultura del encuentro, en la que la reconciliación sea el movimiento de fondo y la manera concreta de ser y estar en la misión, venga marcada por el dialogo y el

discernimiento, la colaboración con quienes buscan el bien de todos, sentiremos cómo la dimensión social de la evangelización, objetivo de este trienio, incide realmente en la sociedad. La cultura del encuentro basada en los cuatro principios de la *Evangelii Gaudium*: “el tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea, y el todo es superior a la parte”, nos permitirá valorar el trabajo por el bien de todos sin excluir a nadie. Desde ahí podremos iluminar y trabajar por un auténtico rescate de los procesos educativos en el mundo eclesial y social, de las relaciones justas con Dios, con los demás y la creación, el discernimiento de la realidad, el trabajo por el bien de todos, el rescate de lo ético y moral del mundo familiar, educativo, político, económico, laboral, social, y eclesial.

Ante la compleja situación de nuestra nación la respuesta es el trabajo de todos, el compromiso por favorecer el dialogo y el encuentro que lleve a la cooperación de todos, a la lucha por el bien común, para generar un verdadero proyecto de nación, sobre la participación y no la exclusión, sobre el respeto y la solidaridad, y no la indiferencia y el odio.

En el contexto de la cultura del encuentro, el Papa nos anima a emprender el largo camino de la reconciliación fortaleciendo el encuentro entre la verdad y la misericordia en un ambiente en el que la justicia y la paz se abracen. En ese escenario de largo plazo, no podemos cansarnos de insistir en la necesidad de que la verdad de los hechos del conflicto armado sea conocida y acogida

desde la misericordia, que no traiciona la memoria sino que la transforma en fuerza que asegura la no repetición. La consolidación de salidas en el marco de la justicia reparadora es el camino para la reconciliación, que restaura la dignidad de las víctimas y que abre la puerta para que los agresores aporten constructivamente a la recomposición del tejido social y de un proyecto de nación común. El país tiene la oportunidad de cerrar este capítulo de la historia con una lección de dignidad humana para ambos y con una enseñanza de reparación que aporta a la construcción de la civilización del amor.

En el corto plazo queda como sociedad colombiana la tarea de responder de manera integral a las regiones afectadas por el conflicto, con la presencia del Estado que garantice la protección efectiva de los líderes sociales y con una fuerte capacidad de evitar que esos territorios sean copados por actores violentos. Los que han emprendido recientemente el camino de la negociación política, tienen el desafío de cumplir con los acuerdos que se han alcanzado y garantizar que el proceso llegue a buen término. A quienes ya firmaron los acuerdos de fin del conflicto les queda la tarea de hacer que la paz sea una realidad y que las transformaciones en las regiones generen un clima de integración y de desarrollo humano integral con respeto por los derechos humanos y protección de la vida. Los animamos a todos a avanzar en la construcción de la paz en un ambiente de reconciliación.

En clave de la cultura del encuentro, el escenario de lo público se convierte en un ambiente privilegiado para proponer ideas y planes políticos en clave de construcción de paz y reconciliación, con profundo respeto por la dignidad y la palabra de los demás, con la mirada en el bien común y con una preocupación particular por las regiones y los sectores excluidos, los más pobres, los grupos étnicos, indígenas, afro colombianos y por los trabajadores del campo que esperan que se realicen las transformaciones y reformas anheladas por décadas.

En el camino del largo plazo nos queda el compromiso de la protección y cuidado de la Amazonía como casa común, tal como el Papa invitó a toda la Conferencia Episcopal y a todo el país. En ese sentido nos comprometemos a ponernos en el camino de la preparación del próximo Sínodo.

La visita del Santo Padre deja un ambiente de esperanza, de compromiso y de vitalidad para este pueblo que acogió masivamente su mensaje y que ahora se siente comprometido a seguir dando pasos hacia la reconciliación y la paz.

+ Oscar Urbina Ortega
Arzobispo de Villavicencio
Presidente de la Conferencia Episcopal